

Francisco Bauzá, Crítico de la

La indiscutida excelencia de la Historia de la Dominación Española en el Uruguay (1880-82, 1895-97) ha hecho olvidar que con esa obra no se agota el aporte de Francisco Bauzá a nuestras letras y a la investigación de nuestro pasado. En los Estudios Literarios de 1885 — que acaba de reeditar la Biblioteca Artigas (*) — se encierra un aporte fundamental a la interpretación de nuestra realidad humana y literaria. Ya en unas páginas ineficientes señalé Alberto Zum Felde (Proceso Intelectual del Uruguay, 1930, I, 247) que "después de aquél que escribió Andrés Lamas, hacia el 41, los primeros trabajos serios de historia-crítica acerca de las letras uruguayas" son éstos de Bauzá. Sin embargo, no parece haberse estudiado hasta hoy, y con la debida atención, esta parte capital de la obra del crítico católico. De tal modo que resulta inexcusable el examen de las ideas de Bauzá sobre nuestra nacionalidad y nuestra literatura.

En tres grupos se escinden naturalmente estos Estudios Literarios. El primero está compuesto por trabajos de historia literaria nacional y comprende: Francisco Acuña de Figueroa, Los poetas de la Revolución, César Díaz, Juan Carlos Gómez. El segundo, está formado por dos ensayos de interpretación histórica general: Diógenes y sus ideas, La Religión y la Ciencia son sus títulos. El tercero recoge tres Cuadros de Costumbres nacionales: El gaucho, Un gobierno de otros tiempos, Las trillas. Se puede prescindir, por ahora, de la consideración de los trabajos del segundo grupo; allí el autor parece salirse de lo que constituye su especialización y abundar en consideraciones ajenas a sus verdaderos intereses. En los dos grupos restantes, expresa Bauzá ocasionalmente su visión de nuestra nacionalidad. Levantándose por encima del tema explícito de cada Estudio — ya se trate de la feliz evocación erudita de la vida colonial o del testimonio, algo crepuscular, de personajes o acciones que el Tiempo está borrando; ya se trate del análisis



individual de un poeta o del estudio de una poesía proyectada sobre el cuadro histórico de la nación —, el crítico apunta al pasar rasgos permanentes de nuestra idiosincrasia y plantea muchas veces, en términos escuetos pero que revelan acendrada familiaridad, algunos problemas de nuestra organización (o desorganización) nacional.

NUESTRAS IMPOSIBILIDADES

Así como ahonda en un movimiento literario para alcanzar las raíces de su originalidad, así también registra las variaciones de detalle, los infinitos rasgos que componen una idiosincrasia nacional, todavía conservada en lo esencial. ¿Cuántas de sus observaciones sobre nuestra nacionalidad, sobre lo que Borges llamaría nuestras inevitabilidades, no perduran? Es de hoy lo que dice de nuestra dedicación a las letras: "... la literatura, excepción hecha de unos pocos que toman el asunto en serio viene a ser para la generalidad un entretenimiento inofensivo, a que toda persona medianamente educada está en el caso de contribuir para diversión propia y del vulgo; mientras los literatos, que forzosamente deben prestarse a mantener viva una singular inclinación, han de estar prontos a llevar la delantera a todos, con el fin de conservar el entusiasmo de las masas." O cuando subraya la paradoja de que nuestra literatura se inicie con el género dramático, el más difícil y maduro de todos: "Aunque importaba empezar por donde debía haberse concluido en cualquier otro país, aunque no en el nuestro; porque si bien se mira, nuestra regla de proceder siempre invierte los términos en la realización de las cosas." Y luego agrega, entre veras y burlas: "Con decir que hemos empezado la vida reñidos con el alfabeto, pues Zapicán (Z) es el primer defensor de la integridad de la patria, y Artigas (A) es quien vive tres siglos después su existencia en el concierto de las naciones; que siendo los primeros en el orden topográfico del Río de la Plata, fuimos los últimos en ser civilizados; que hemos tenido sistema constitucional republicano antes de tener dictadura; que antes de tener caminos carreteros hemos tenido ferrocarriles; que antes de tener instrucción primaria reglamentada, teníamos universidades a pares, una MAYOR y otra MENOR"; no es extraño que antes de te-

ner poesía popular tuviéramos teatro, que es la última expresión no sólo del arte poético, sino de la misma ficción artística llevada a su más alto grado.

NACIONALIDAD SIN NACIONALISMO

Esta misma atención vigilante para relevar, al paso, los caracteres de nuestra nacionalidad (sean esenciales, sean fugaces) aparece completamente desarrollada en su examen de las obras y autores con que se inauguran nuestras letras. Bauzá escribe a comienzos del último tercio del siglo XIX, cuando todavía no se había publicado el Ismael (es de 1888, cinco años posterior a estos Estudios); es decir: la primera obra que cumpliría anchamente con los postulados de nacionalidad y literatura que el propio Bauzá asentara. Bauzá escribe cuando sólo Magariños Cervantes y Zorrilla de San Martín (con su Leyenda Patria y su Tabaré) pueden invocarse como ejemplos, aislados y solitarios, en una literatura de torpe imitación foránea. Bauzá escribe en el desierto. De aquí que su análisis se concentre necesariamente en los primeros escritores nacionales: en Francisco Acuña de Figueroa, en los poetas de la Revolución, en Juan Carlos Gómez y, también aunque marginalmente, en César Díaz.

Sus obras no son objeto de crítica profunda o minuciosa. Bauzá parece más preocupado de situar sintética y expresivamente cada autor que de agotar para siempre el tema. Una preocupación subyacente vincula y da unidad profunda a esta serie de trabajos: la preocupación por una literatura nacional que sea no sólo nacional por el lugar de nacimiento de sus autores sino porque consiga expresar los caracteres profundos de nuestra nacionalidad e incorpore a las letras el mundo en que se vive: el paisaje y el hombre, el ámbito de la naturaleza y la circunstancia social.

No hay tinte de nacionalismo en el escrutinio de Bauzá. No

se busca la estéril exaltación del producto nacional ni (menos) se practica el elogio indiscriminado a lo autóctono. Su valoración crítica sin ser negativa es exigente y en su misma exigencia radica su mayor virtud. Porque la exigencia es prueba de amor, de pasión, de compromiso hondo. Alejado del patriotismo pero alejado también del olímpico desdén hacia todo lo nacional, Bauzá anticipa la única postura posible para todo crítico de nuestra literatura: la de inquisición lúcida, la de exigencia, la del amor.

¿UNA LITERATURA NACIONAL?

Su punto de partida podría señalarse tal vez en una frase que encierra (aparentemente) una injusticia: "¿Quién hubiese sido bastante audaz para probar que el Quijote", admirable libro sin duda, no puede satisfacer el ideal de nuestro país, porque ni Sancho Panza se parece en nada a los hombres de nuestro bajo pueblo, ni hay entre nosotros quien desee atropellar molinos de vientos como el buen caballero manchego, ni holgazanes que se echen a perseguir locos, como el bachiller Sansón Carrasco?" La frase, correctamente leída, encierra una grave afirmación: nuestra literatura nacional no es la española, aunque la española integre (con las demás literaturas de occidente) nuestro patrimonio cultural, nuestra tradición. Porque nuestra literatura nacional debe surgir de nuestra tierra y de nuestra sociabilidad. El punto de vista de Bauzá es histórico, indudablemente. Concibe a la vez la literatura como documento de una nacionalidad y como expresión artística de esa misma nacionalidad. Y en tal sentido, comete la audacia de insinuar la inevitable extranjería del Quijote.

Consciente de esta situación, busca en nuestras letras mismas (por incipientes e imperfectas que le parezcan) nuestros verdaderos orígenes. Ve en Acuña de Figueroa, en el neoclásico y españolizante Acuña, en el ambiguo y elusivo Acu-

ña, "el fundador de nuestra literatura". Y tiene razón: el funda nuestras letras, es el gran abuelo, y aunque hoy parezca transatlántico y hasta un poco exilado, es el primer uruguayo que emprendió (de cabo a cabo) la tarea de poetizar en este medio. Del mismo modo, reconoce Bauzá en los poetas populares de la revolución, y en Bartolomé Hidalgo, a los creadores de una "literatura, que con todos sus defectos, es la raíz de la literatura nacional".

Es claro que no basta que una literatura sea nacional; debe ser, ante todo, literatura. Con este ánimo, Bauzá realizó el escrutinio de la expresión nacional en nuestra literatura. Comprendió (mucho antes que Pedro Henríquez Ureña, aunque movido por idéntico interés) que lo que realmente importa es el logro de una expresión verdadera. Por eso apunta al concluir su examen de Acuña de Figueroa (que se publicó en órgano tan importante entonces como los Anales del Ateneo en abril 5, 1884): "Nuestra literatura no es todavía lo que puede llamarse una literatura nacional. Subyugada por la autoridad de los modelos del romanticismo europeo que ella se ha dado, sus producciones se asemejan más bien a una planta de invernáculo mañosamente conservada por el artificio, que a la flor lozana, de nacimiento espontáneo, cuya vida se vigoriza por los ardientes rayos de sol. Ese espíritu de imitación tan pronunciado, y esa escasez tan grande de verdadera originalidad, es lo que postra a las letras uruguayas, pues las obliga a falsificar el sentimiento nacional, lanzándolas en las corrientes de una inspiración ajena a los deseos populares. El pueblo que no se ve retraído, ni se siente aludido en sus instintos por los poetas o los prosistas que se dicen sus hijos, les abandona a la indiferencia, pues ni los entiende ni le conmueven. Condenado a escuchar decepciones mentidas, o cánticos triunfales a episodios que no conoce, mal se aviene a discernirles un aplauso que sólo podía arrancarle la interpretación de sus sentimientos propios, el culto de sus héroes, la traducción de sus aspiraciones íntimas". Ataca luego (y sin cuidarse de los excesos que un planteo tan radical implica) a la poesía lírica de corte romántico y concluye: "Transportar, pues, semejantes escuelas literarias que traducen la situación típica de sociedades envejecidas, al seno de un pueblo joven; pastor y andariego en su mayor extensión, belicoso y aventurero por la naturaleza de su condición profesional; varonil por sus ejercicios, crédulo por su mocedad; es un error craso".

Su análisis se cierra con una negación de casi toda la poesía de su tiempo. (Salva a Magariños Cervantes; salva a Zorrilla.) "El estacionamiento de nuestra poesía, pues, es un hecho evidente, que se constata con la lectura de nuestros mejores poetas: la forma y el fondo de sus producciones, el sentimiento que las dicta, y hasta el ideal a que aspiran no es nuestro. Buscad en medio de todos esos versos, un destello del heroísmo clásico de los charrúas, o del ansia de libertad que fermenta en el espíritu del gaucho, o la reminiscencia del sordo retumbar del Océano que baña nuestras costas o la impresión causada por el aspecto de los desiertos campos cuyo vacío interrumpe alguna cruz que indica el sepulcro de un semejante, o la aglomeración de piedras que denuncian un campamento prehistórico, buscad, que buscaréis en

vano. Hermosos versos, bellas armonías, cadencia, inspiración, todo eso encontraréis; pero en todo eso echaréis de menos a vuestro país que no es el que os pintan".

BAUZA Y RODÓ

Estas palabras de Bauzá encuentran una curiosa resonancia en las que escribió hacia 1898 José Enrique Rodó como prólogo a las Narraciones de Juan C. Blanco Acevedo. Alzándose contra el decadentismo que entonces contaminaba nuestras letras (como el romanticismo agónico en la época de Bauzá), el joven crítico apunta, con la mesura y elegancia que lo caracterizan, la necesidad y conveniencia de atender a la realidad circundante. "Poco avenida con apasionamientos que considero enteramente pueriles, en el modo de interpretar la actual posibilidad de una autonomía literaria americana; me encuentro muy dispuesto a reconocer que, dentro de todo plan racional de nuestra literatura, habrá siempre interés y oportunidad para la expresión de las peculiaridades de las formas originales de la vida en los campos, donde aún lucha la persistencia del rétinio salvaje con la savia de la civilización invasora, y para la evocación de los despojos vagos del pasado con que, a fin de decorar los altares del culto nacional, teje la tradición la tela impalpable de las leyendas".

Pero si en Rodó hay un eco, hay también un acento nuevo. Los catorce años transcurridos entre uno y otro trabajo (toda una generación) bastaron para cambiar la realidad de nuestra literatura y para desplazar el centro del problema. En tanto que Bauzá ve una sola solución: hundirse en la nacionalidad y en la circunstancia geográfica y social campesina. Rodó ve más de un camino. Reconoce la posibilidad de expresión de la originalidad nacional, señala la labor de rescate y glorificación literaria del pasado; pero deja abierta la puerta para formas nuevas, esas mismas formas nuevas que expresaría magníficamente su generación: la generación literaria del 1900. Esta actitud de Rodó no desmiente la de Bauzá: la confirma y (es claro) la amplía. Un texto suyo posterior señala con toda evidencia la novedad de su punto de vista, el aporte necesario: "Nuestro campo es, sin contradicción, muy 'novelable'; pero ya se ha trabajado bastante (hablo dentro de la relatividad que determina lo exigido de nuestra producción literaria) en esa generosa mina; mientras que la vida de ciudad, en lo que tiene de verdaderamente 'nuestro', es tema novelesco casi virgen e inexplorado. Error sería considerar que la falta de originalidad honda y característica en las costumbres de nuestra vida urbana, debe caracterizar también las obras que aspiran a reproducirla; porque precisamente esa condición social de la adaptación de lo extraño y sugerido, a un ambiente mal preparado para contenerlo, es lo que da de sí situaciones y caracteres llenos de interés; 'originales', en cambio 'nuevos' para la observación." (De una carta a Horacio O. Maldonado que éste reproduce como prólogo en su Cabeza de oro, Montevideo, 1906, p. 3.)

GAUCHESCOS Y ROMANTICOS

La misma preocupación por la expresión auténtica de nuestra nacionalidad se advierte en el elogio de Bauzá a la primitiva poesía gauchesca y en su ataque a los poetas románticos

Literatura Uruguaya

el romanticismo de importación. En el ensayo sobre Los poetas de la revolución afirma: "Nada hay más comprometido para la poesía, que desentenderse de los tiempos en que vive; pues no solamente arriesga su popularidad, sino que rehuye la fuente única de inspiraciones duraderas. De haber incidido en ese error, proviene el fracaso de casi todos los poetas ilustrados de la Revolución; porque deseando conciliar sus preocupaciones de escuela con las circunstancias del momento, pagaron por encerrar dentro del concepto clásico ideas y propósitos que no cabían en él; haciendo hablar con el lenguaje de Esquilo o de Virgilio a los personajes de estas tierras, y fingiéndose contemporáneos de aquéllos, para imitar el giro de sus pensamientos. Conducta desafortunada, que les volvía extranjeros en su país, donde vegetaban sin entender a nadie, ni ser entendidos". Y más adelante, agrega: "Tanto Martínez como Araucho carecieron de la noción de su época, que no solamente era revolucionaria en el terreno político, sino que también lo era en el literario." Contra estos equivocados alza Bauzá la figura de Hidalgo: "Nadie se había atrevido antes de él a ensayar bajo su responsabilidad, dándole carta de naturalización literaria, este género popular, que se tenía por cosa humildísima; cuando el poeta uruguayo levantándolo hasta sí, lo hizo un tema fecundo de recursos siempre nuevos; y formó una escuela de la que son discípulos Ascasubi y Del Campo en Buenos Aires, y Lu-

ssich entre nosotros. Tan cierto es que el verdadero talento, dignifica cuanto toma por asunto de sus afanes".

Los ataques de Bauzá contra el Romanticismo no son originales. El crítico parte de una posición conservadora que señala únicamente los defectos de la gran corriente y exagera sus rasgos hasta la caricatura; en su visión se advierte el temor al contenido político explosivo del Romanticismo social. Pero lo que vuelve interesante su censura (que se encarna también con el ideario platense de Juan Carlos Gómez) es su aplicación a nuestra primera poesía romántica. La conclusión de su breve estudio es elocuente: "...creemos que su muerte (la de J. C. Gómez) mató la escuela romántica uruguaya. No nos aflige que esta escuela desapareciera: antes lo reputamos un bien que un mal. Demasiado ligera para enseñar nada provechoso; llorona hasta hacerse incómoda en un país donde cada cual tiene hartas penalidades propias para cargar todavía con las mentidas quejumbres ajenas, la escuela romántica ha falseado el criterio público con sus exageraciones y lamentos, dañándonos más allá de lo que vulgarmente se piensa. Es hora de reaccionar contra ese desvarío, fundando una literatura nuestra." El texto es suficientemente explícito con respecto a qué literatura romántica ataca Bauzá: la lírica del primer romanticismo, la de enclaustramiento subjetivo y morboso. No, por cierto, la lírica posterior del romanticismo patriótico de un Zorrilla de San Mar-

tín. La injusticia implícita en el juicio despectivo de Bauzá se debe, indudablemente, a su visión histórica de la obra literaria, a su valorización fundada en el criterio de nacionalidad. Pero lo que ahora interesa subrayar, no son sus limitaciones, sino cómo se confirma allí la constante preocupación de toda su labor crítica: la expresión de nuestra nacionalidad.

EL HOMBRE

También está presente el hombre en este volumen. Y no sólo a través de su ideario o de su estilo, tan personal. Sino, principalmente, en las entrelineas de dos de los trabajos que parecen ajenos a su preocupación nacional: el estudio sobre Diógenes, la refutación a la obra antirreligiosa de Draper. En éste último se advierte el celo y la elocuencia de su fe católica, su arte de polemista minucioso y hábil, la solidez de su creencia. Pero es en el retrato de Diógenes, y por encima de errores de interpretación ya denunciados por comentaristas, en donde se alcanza una imagen viva de este crítico. Porque Diógenes es como la máscara de Bauzá. Y cuando el escritor uruguayo apunta: "...parece que su carácter se modeló en el sufrimiento, y no encontrando en la soledad de su corazón medios de lucha adecuados con que afrontar la hostilidad social, concluyó por refugiarse en el desprecio", parece estar hablando de algo que le toca de muy cerca, de su propia situación en un medio que le fué si-

M Ú S I C A

Estudios — Historia — Biografías

Nef. Ch.	Histoire de la Musique
Schaeffner	Origine des Instruments de Musique
Landowski	Histoire générale de la Musique
Landowski	Histoire Universelle de la Musique Moderne
Dumesnil	La Musique Romantique Française
Leibowitz	Introduction a la Musique de Douze Sons
Henri de la Croix	La Mission Spirituelle de la Musique
Belvianes, M.	Sociologie de la Musique
Schweitzer	J. S. Bach, le Musicien Poete
Prod'Homme	Les Symphonies de Beethoven
Prod'Homme	Les Sonates de Beethoven
Rolland	Beethoven 7. Vol.
Collet	Albéniz et Granados
Davenport	Mozart 1756 - 1791.

S. A. PRODUCTORA ARTISTICA SUREÑA

Palacio Salvo — Subsuelo

Teléfono 9 05 27

no hostil, ingrato. El tema histórico de Diógenes se anima así, por la pasión puesta en la escritura, de una significación viva y hasta confesional. Bauzá, tan tan reticente para comunicar directamente lo suyo, deja escapar a través de la espléndida y absurda figura del filósofo griego una clave de sí mismo.

Una preocupación por los verdaderos fundamentos de nuestra nacionalidad, un examen de nuestro pasado literario enderezado a señalar las producciones que auténticamente expresen esa nacionalidad, una recreación de momentos y tipos ya devorados por el Tiempo, una profesión de fe (huma-

na y religiosa), un estilo de acentuada personalidad —tal el balance que arrojan estos Estudios Literarios. A través de ellos no sólo se toca una de las primeras inquisiciones válidas de nuestra literatura; también se toca un hombre cabal. Es mucho más de lo que suelen ofrecer los azarosos productos de nuestra literatura.

E. R. M.

(*) FRANCISCO BAUZA: ESTUDIOS LITERARIOS. Prólogo de Arturo Sergio Visca. Montevideo, Biblioteca Artigas (Colección de Clásicos Uruguayos N° 9), Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, 1953. XVI + 258 pp.

No nos Conviene... Pero lo Hacemos!!

25% DE DESCUENTO EN LOS LIBROS

COMPARE

	Precio Normal	Nuestro Precio		Precio Normal	Nuestro Precio
Mika WALIARI: Sinuhé el Egipcio	\$ 7.—	\$ 5.25	Pierre CLOSTERMANN: El Gran Circo	\$ 5.20	\$ 3.90
Giovanni PAPINI: El Diablo	" 5.20	" 3.90	Lloyd C. DOUGLAS: El Manto Sagrado ...	" 6.00	" 4.50
Roger PEYREFITTE: Las Embajadas	" 5.—	" 3.75	Simone de BEAVOIR: La Invitada	" 5.60	" 4.20
Pär LAGERKVIST: El Verdugo	" 3.80	" 2.85	Rilke - Gide: Correspondencia	" 5.00	" 3.75
Curzio MALAPARTE: La Piel	" 6.—	" 4.50	Jean COCTEAU: Teatro	" 5.00	" 3.75
Hermann HESSE: Narciso y Goldmundo ...	" 5.60	" 4.20	J. L. BARRAULT: Reflexiones sobre el teatro	" 4.40	" 3.30
Eugen O'NEILL: Dramas del mar	" 9.20	" 7.90	W. JAMES: Principios de Psicología	" 36.00	" 27.00
Germán ARCINIEGAS: Biografía del Caribe	" 12.—	" 9.00	G. B. CRESSEY: Tierras y Pueblos de Asia	" 16.00	" 12.00
William FAULKNER: Sartoris	" 6.—	" 4.50	Maria BEINES: El Gran Libro de Cocina ..	" 14.00	" 10.50
Van Der MEERCH: 5 Obras Maestras	" 6.—	" 4.50	CHAMICO: La Medicina Vista de Reojo ...	" 5.00	" 3.75
Lin YUTANG: Sabiduría China	" 8.—	" 6.00	B. E. KOREMBLIT: Romain Rolland	" 7.00	" 5.25
Graham GREENE: El Espía	" 5.50	" 4.12	J. Paul SARTRE: La Náusea	" 3.00	" 2.25
Giovanni GUARESCHI: Don Camilo	" 4.40	" 3.30	Thice TONOZ: 23 Meses en Marte	" 4.00	" 3.00
F. G. SLAUGHTER: Nadie Debería Morir ..	" 7.00	" 5.25	Elmer RICE: Escenas de la Calle	" 3.20	" 2.40

...y el título que Ud. pida

Si en el momento no lo tenemos, lo enviaremos a su casa.

LIBRERIA — BOMBONERIA
CIGARRERIA — POLICIALES

Stand "GALERIA LAPIDO"